

UN DÍA DE TRIGO

ANNA CABEZA



Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, S. A.

© 2010, Anna Cabeza Gutés
© 2010, Editorial Casals, S. A.
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Título original: *Un día sencer de blat*
© 2010, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera
por la traducción

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustraciones de cubierta: Ramon Noè

Primera edición: septiembre de 2010
ISBN: 978-84-8343-118-4
Depósito legal: M-34.297-2010
Printed in Spain
Impreso en Edigrafos, S. A., Getafe (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Un día de julio de 2008

Como si quisiera hallar señales de un pasado común en el rostro de una persona a la que hace mucho tiempo que no veía: ésa es la sensación que tengo en este momento, sesenta años después de haber puesto los pies en este pueblo por primera vez. Busco detalles que me permitan reconstruir el paisaje de aquellos días, olores que me lleven a mi juventud, algún sonido que desate el saco de los recuerdos y los esparza sin miedo ahora que ha pasado el tiempo y el poco que me queda por vivir me hace más atrevido que nunca.

No voy a decir el nombre del pueblo. Lo que ocurrió aquí podría haber sucedido en cualquier otro lugar, porque corrían tiempos oscuros, de silencio, de miradas veladas, de tragarse el dolor y de apretar los dientes para no hablar más de la cuenta. Voy a cambiar el nombre al pueblo por el que deambulo en este momento. Voy a llamarlo Rocalba.

No le busquéis más significados que el literal: «roca blanca», una imagen que me resulta sugerente. Aquí no hay peñas blancas. Para averiguar el nombre del pueblo, habrá que descubrir las pistas –de haberlas– en otros detalles. Pero poco importa que sea un pueblo u otro. Lo importante no es el dónde ni el cuándo, sino el qué y el cómo.

Rocalba... Lo riegan tres ríos, que se unen en el pueblo y, a partir de aquí, discurren por un solo cauce. Bajan desde los Pirineos jugando a esquivarse, hasta que el valle los acoge e inevitablemente propicia su encuentro. Siempre he pensado que esta confluencia de aguas, que salpica el pueblo de puentes y pasaderas, le confiere un carácter singular. «Todo fluye, todo pasa», digo para mí. En aquella época aún no lo había aprendido y me parecía que las vivencias dolorosas durarían para siempre. Ahora que soy viejo –me acerco a los ochenta–, veo que el dolor me ha traspasado, que mi cuerpo lo ha resistido y que mi alma se ha hecho fuerte y, de vez en cuando, un pensamiento me arranca media sonrisa: «Si pudiera volver a los diecisiete años sabiendo lo que sé ahora...».

Me distrae un banco de nubes: aquí, entre montañas, se retuercen a su antojo; alzo la mirada buscando un ángulo que me permita contemplar mejor su masa esponjosa.

La torre del campanario, un tejo inmenso, la hilera de montañas, un nubarrón que se sacude la cresta... Si no fuera porque me da vergüenza que me reconozcan, sacaría la libreta del zurrón y haría cuatro garabatos. Aún siento la emoción de batirme con el paisaje, la avidez de volcar el alma en una lámina. Un trazo seguido, un gesto, una mancha.

Pero nadie me puede reconocer en Rocalba, porque es muy poco lo que queda del joven de diecisiete años que fui: algunas ideas irrealizables, la timidez, el amor por los pequeños retazos de vida, el impulso de mover el lápiz sobre el papel. También debería reconocer que conservo la mirada limpia y que no me avergüenza decirlo en voz alta. ¡Qué difícil es llegar casi a los ochenta con pocas sombras en el fondo de los ojos!... Creo que no tengo que hacer daño a nadie para seguir viviendo, no he tenido que pisar a mis congéneres. Aunque también es cierto que me he visto obligado a abandonar mis aspiraciones juveniles de llegar a ser algo. Las he ido soltando por el camino. A medida que iba haciéndose mayor, el chico tan bien dotado para el dibujo, el que tantos elogios recibía de los profesores de la Escuela Massana, el que despuntaba como nuevo valor, descubrió que su poco beligerante forma de ser le segaba la hierba la que pisaba. Al menos, por el camino de la vida he ido aprendiendo a sazonar casi todo con un poco de humor. El sentido del humor ha sido una auténtica tabla de salvación. Quizá por eso me guste citar, a quien quiera escucharme, una máxima que oí en una ocasión. Dice así: «llegará el día en que los mansos hagan la revolución». Y así lo creo.

Descubro en Rocalba algunos detalles que me aspiran al pasado. La fuente, tan valiente, sigue plantada en medio de la plaza de la Miel. Es la suerte que tienen los elementos pequeños, que tardan en desaparecer, porque los dueños del ladrillo no están por la labor de lo pequeño, sino que prefieren derrumbar edificios antiguos para levantar

otros nuevos. A una fuente tan humilde, ni la miran. Un zócalo de casa antigua: todavía está. En cambio, los lavaderos modernistas de la calle del Molino ya no están. Los han sustituido por un bloque de pisos cuyos moradores ni siquiera se imaginan que de allí salían la ropa limpia y muchos trapos sucios.

Me dejo llevar por los pasos del chico de diecisiete años. Sé adónde me encaminan, pero no me resisto. Calle de la Ventaiola, plaza del Trigo, la pasadera del río, una revuelta, una orilla estrechísima... Obediente, los sigo. Y no me equivoco, porque los recuerdos me dejan enfrente de una tienda, renovada recientemente, que exhala un aroma delicioso de guirlache, canela y anís.

Panadería y confitería Espelt. Sigue al frente del negocio la misma familia. La antigua panadería se ha transformado en un establecimiento más grande, se ha sofisticado: dispuesto en el escaparate sobre terciopelo rojo, exactamente como en una joyería, brilla un surtido de pasteles. Hay movimiento: entran y salen clientes y, cada vez que abren la puerta, liberan una ráfaga de aire azucarado. El envoltorio de los paquetes que salen del establecimiento tiene un dibujo de un pocillo de miel y una cuchara de boj. Ese detalle me corta momentáneamente la respiración. Es un jeroglífico que sólo ella y yo podemos descifrar... el recuerdo de su mirada –tan limpia, también– acude al encuentro de mis ojos, un poco empañados por la sorpresa.

Celia tenía entonces dieciséis años. Ahora debe de estar a punto de cumplir setenta y seis y me pregunto qué detalles buscaría en su cara para recobrar a aquella mu-

chacha un poco extraña, resuelta, serena, tierna y valiente. La he dibujado mentalmente millares de veces, la he dibujado millares de veces en el papel, pero nunca he logrado reconocerla del todo en las formas que surgían. Es verdad que, cuando se acerca uno al amor por primera vez, la intensidad de la experiencia lo descoloca de tal manera que ya no sabe si todo eso le sucede a él o es otro quien ocupa su lugar. Conservo una imagen nítida de Celia –la última– y un regusto de miel de romero. La cuchara de boj que se hunde en un lecho dorado y después se acerca a mis labios. Es un recuerdo que no he dejado de revisar, deshacer, borrar, reconstruir y corregir, tal vez para repetirme que sí, que un día estuve en este valle y en el pueblo de... Rocalba.

La puerta de la tienda se abre de nuevo. El viejo que soy se queda atascado en la acera de enfrente. No sabe –no sé– qué espera. Y, de repente, me tiemblan las piernas y dejo de respirar: es ella quien sale, Celia, a los dieciséis años, y hace un gesto inconfundible: tocarse el pelo con las dos manos, como amasándolo, el tierno ademán de levantarse la cabellera y dejarla caer exactamente donde estaba. ¡Es Celia! Pero ¡no puede ser! ¡No puede ser!

«¡Ramón, respira!», me digo. A pesar del torrente de imágenes que me inunda la cabeza, compruebo que me he hecho caso a mí mismo, que respiro. Pongo a la razón a trabajar, esa razón que me ha dado más disgustos que alegrías: «Veamos, Ramón, Celia es una mujer mayor, los años también han pasado por ella. Ni pactando con el diablo podría conservarse así». Casi sería mejor que diera una

voz: «¡Celia!» y, si se volviese, pues sería que todavía existen los milagros y que algunas muchachas se quedan para siempre en los dieciséis años.

No digo nada.

La muchacha se vuelve, pero no la he llamado. Se vuelve, me mira y no me ve. Ni me verá, claro. Soy invisible, como muchos viejos. Se impacienta delante de la tienda y, mientras pienso si cruzo la calle o no, ella abre la puerta y dice:

—¡Abuela! ¡Que vamos a llegar tarde!

Entonces, de las profundidades de la tienda, de las profundidades del pasado, sale mi Celia y comprendo que sólo han sido unos breves instantes de locura y que la vida ha dejado su huella en los dos con implacable justicia.

Son ellas las que cruzan la calle. Se agarran del brazo y andan despacio. Me resguardo un poco al amparo de un portal, pero veo que vienen hacia mí, que casi me rozarán al pasar. Sostengo una auténtica batalla en mi fuero interno: no sé si decirles algo o no; escondo la cara a medias y bajo la mirada. Todo mi ser es una duda trémula.

...Y ya han pasado. Huele a harina, a leche fresca, a chocolate, a anís, a miel de romero. El olor de su pelo, el sabor indescriptible de la primera vez, una soga agridulce que me oprime el corazón. Hemos cruzado la mirada una milésima de segundo y no me ha reconocido. «La vida nos hace garabatos en la cara, rayas, a las que llaman arrugas, surcos que nos desdibujan y que, cuanto más nos pintarrajean, más nos borran», decía el maestro de dibujo. A los diecisiete años yo no lo entendía, pero ahora sí.

Expectante, me quedo mirando cómo se aleja de mí una vez más. El pasado es doloroso, nos roza la piel y nos deja un desgarrón en un rincón del alma al que no llegan los bálsamos. ¡Qué crueldad! La vida no nos deja retroceder y rehacer el camino con más sabiduría, pero la memoria se obstina en volver una y otra vez, arañando y mortificando sin piedad.

Incluso ahora, a este viejo incapaz de olvidar se le desata una oleada de tristeza y amargura. Tanta es la nostalgia que no será su voz la que lo cuente... De todo aquello –me repito, como los viejos– hace ya sesenta años.

Ayer.

Julio de 1948

Una mujer con una maleta y un hatillo. El tren la soltó sin ganas. Se fijó en ella por su actitud encogida y triste. Andaba despacio, mirando al suelo, con un niño pequeño, atemorizado por el tráfago de gente, pegado a sus faldas. La maleta era de cartón y la llevaba tan llena que parecía predestinada a no resistir ni un viaje más. La mujer tampoco.

Ramón esperaba en un banco, cerca del andén. Había llegado de Sabadell en los Ferrocarriles de Cataluña y, paseando lentamente, había ido a pie desde la estación de la plaza de Cataluña hasta la de Francia. Su madre le había dicho por dónde debía ir.

—Así te ahorras el tranvía— le dijo.

Las calles se ensanchaban ante a él. Acostumbrado a moverse por los estrechos pasos entre telares, Barcelona le mareaba un poco y le cautivaba a un tiempo. La sensación de miedo también ampliaba su percepción del es-

pacio. Tenía la impresión de ser importante. El camino le había servido para observar, actividad que practicaba de manera casi instintiva: observar y buscar los pequeños detalles que dan el todo. En un balcón había visto a una señora tendiendo ropa: una camisa, una camiseta, unos calcetines. La estampa le trajo a la memoria una idea que se le había ocurrido a su madre, un código secreto que acordaron poco después de que empezara la guerra, cuando en casa se escondía su tío Ángel. Si la madre tendía de lado una camiseta, dos calcetines oscuros y un delantal, significaba que el tío había salido del escondite (para lavarse, tal vez, o para desayunar a ras de la ventana y robar un poco de claridad del sol). Eso significaba que no se podía llevar extraños a casa. En aquella época, Ramón era pequeño y no acababa de entender muchas de las cosas que pasaban, pero percibía el peligro y sabía tener la boca cerrada. A él, que le dejaran mirar y embobarse, embelesarse ante un horizonte rojizo y con nubes tan lisas como si les hubiesen pasado un rodillo por encima. Estaba embobado. Durante la guerra, cuando vivían en Tortosa, más de una vez tuvo que echarse su madre a buscarlo por los campos –porque se había escapado de la escuela–, y lo encontraba en una choza, completamente empapado y maravillado ante el espectáculo de la lluvia al caer.

La estación le parecía un hormiguero triste: gente que llega agobiada, gente que se va agobiada, también. Medio mundo se traslada al otro medio y una eterna insatisfacción flota en el ambiente. Se fijó en un viejo que parecía perdido. Arrastraba un hatillo a punto de reventar y, con

semblante indeciso, se paraba delante de todos los letreros. Buscaba la vía desde la que salía su tren. Ramón iba a levantarse del banco para ofrecerle ayuda, cuando vio que una joven se acercaba al anciano. Interpretó sus gestos: la mirada avergonzada del viejo, la mano de la joven dándole unas breves palmaditas en la espalda; unas palabras en voz baja, un dedo que señala un letrero y lo deletrea: G-E-R-O-N-A. El hombre, que no sabía leer, reanudó la marcha más resueltamente y la joven se quedó un rato mirándolo, antes de reanudar el camino hacia la salida de la estación.

Cuando se espera a alguien que no acaba de llegar se pasa por varias fases. Después de la de preocupación, vino la de duda: «¿Me habré confundido de sitio y no será aquí donde quedamos?», se preguntó. Sin embargo, no pasó a la tercera, que es cuando uno decide abandonar el lugar de la cita y ponerse a buscar, sin saber exactamente dónde, a la persona con la que había quedado. No pasó porque vio acercarse a un hombre que respondía a las características esperadas: unos cuarenta años bien llevados, traje marrón oscuro, gafas negras de pasta, bigote corto y espeso, calva incipiente, rodeada de una mata de pelo ásperamente crespo, dominada a duras penas por el fijador. Andaba a paso vivo, cargado con una maleta de cartón y una libretita en la mano. Debajo del bigote no se dibujaba sonrisa alguna, sólo se adivinaban unos labios curvados hacia abajo y, detrás del puente de las gafas, se entreveía la sombra de un ceño fruncido. Era el hombre al que esperaba: el señor Josep Reguant, reconocido etnógrafo del Museo de Industrias y Artes Populares.